

Fernando
Rodríguez Sosa

*Cervantes, Falla
y Carpentier,
45 años atrás*

La cervantina Habana del Quijo

“**L**o importante, lo notabilísimo, lo memorable, es que por vez primera se haya impreso un *Quijote* en Cuba, y que ese *Quijote*, tirado a cien mil ejemplares, haya llevado sus hazañas a la isla entera”. Así comentaba Alejo Carpentier la aparición, en 1960, de la novela cumbre de Miguel de Cervantes Saavedra, como inauguración de la Imprenta Nacional de Cuba y como inicio, también, de una insospechada cruzada editorial, que entregaría millones de ejemplares en más de cuatro décadas de fructífera labor.

Con ilustraciones de Gustavo Doré, en cuatro pequeños tomos, vendidos a veinticinco centavos cada uno, esta edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* —cuya publicación proponía, entonces, el propio Carpentier— se convertiría en todo un símbolo. Y no sólo por su masiva tirada, cifra nunca antes imaginada en el país. Igualmente, por seleccionar tan imprescindible obra de las letras hispanas, en que se cuentan las andanzas del Caballero de la Triste Figura y de su fiel escudero Sancho Panza, para abrir un nuevo capítulo a favor de la educación y la cultura de la isla.

“¡El quijo!... ¡El quijo!... ¡A veinticinco kilos!...”. Con este sugestivo llamado, como recuerda Carpentier en una de sus crónicas, los vendedores pregonaban, por las calles habaneras, los primeros ejemplares salidos de la imprenta. Y la novela llegaría, con su mensaje de humanismo y esperanza, a las estaciones de ómnibus, a las

[14]

quincallas de barrio, a los sillones de limpiabotas, a las librerías populares, en busca de los lectores. Mas, no era suficiente. Había que pensar en nuevas fórmulas, para despertar el interés entre quienes sólo conocían, de oídas, al mítico personaje cervantino.

Un boleto para leer

Fue una idea, precisamente, del autor de *El reino de este mundo* la que posibilitó ese acercamiento necesario. Así, el Departamento Nacional de Cultura del Ministerio de Educación presentaba, en la Sala Covarrubias del Teatro Nacional, entre el 9 y el 11 de agosto de 1960, un singular espectáculo. Bajo la dirección de Vicente Revuelta, el programa incluía entremeses de “Los Habladores”, de Cervantes, y la ópera de cámara *El retablo de Maese Pedro*, de Manuel de Falla.

Nombres que, con el decursar de los años, se harían obligados en el teatro cubano de la pasada centuria, tomaron parte en esta puesta en escena. Entre ellos, Zoa Fernández, Sergio Corrieri, Roberto Blanco, Luis Brunet, David Camps e Iván Tenorio. El proyecto de escenografía y vestuario fue de Raúl Oliva y Salvador Fernández y la orquesta era dirigida por el maestro Enrique González Mántici.

Lo realmente insólito de este programa, que luego de sus presentaciones en la capital viajó a varias ciudades del país, fue el acceso del público. Pues los espectadores no adquirían, en la taquilla, un boleto para disfrutar de la función. La compra, por un peso, de la edición cubana de la novela, era la mejor invitación, desde la magia del teatro, al placer de la lectura.

Homenaje devoto a Cervantes

El programa de mano que acompañó esta memorable representación, es una auténtica joya para coleccionistas. Junto a viñetas del personaje literario y a imágenes de la puesta, se reproduce el último retrato de Manuel de Falla, realizado por el compositor venezolano Juan Vicente Lecuna, así como el elenco y el equipo técnico que hicieron posible este espectáculo.

Varios textos — firmados, entre otros, por Carpentier y por el compositor José Ardévol — se encargan de valorar el alcance y

[15]

trascendencia de *El retablo de Maese Pedro*. Inspirada en el capítulo xxvi de la segunda parte de la novela, esta ópera de cámara fue compuesta –en palabras del propio creador– “como homenaje devoto a la gloria de Miguel de Cervantes, y el autor la dedica a Madame La Princesse Ed. de Polignac”.

Creada por encargo de esa noble dama, en sus salones, en París, el 25 de junio de 1923, se llevó a cabo la primera audición mundial de la partitura. Un año más tarde, en Bristol, era estrenada al público. Considerado uno de los más prestigiosos compositores del siglo xx, a Manuel de Falla (Cádiz, España, 1876-Córdoba, Argentina, 1946) también se debe la música del ballet *El amor brujo*, la cantata *La Atlántida* y la ópera *La vida breve*.

El sueño de Falla

La presentación de *El retablo de Maese Pedro* complació a Alejo Carpentier. En las páginas del diario caraqueño *El Nacional*, el 1° de septiembre de 1960, publicaba “Un nuevo retablo de Maese Pedro”. Texto en que comenta el hecho que originó el espectáculo y que le hace exclamar: “¿Soñó algún día Don Manuel de Falla que su obra, paseada de escenario en escenario llegara a hacerse popular en tal grado? ¡Diga quien, como el autor de estas líneas, haya conocido personalmente al músico de *El sombrero de tres picos*, si la noticia no le habría llenado de júbilo!...”.

Luego, analiza los “aciertos extraordinarios” de esta puesta en escena, gracias “al talento del joven director Vicente Revuelta”. Para concluir que “una nueva concepción escénica de la ópera de cámara de Manuel de Falla es ofrecida, actualmente, en esta cervantina Habana del ‘Quijote’ pregonado en las calles y las plazas”.

El mejor embajador

Esta historia, ocurrida cuarenta y cinco años atrás, que puso a Don Quijote y Sancho Panza a cabalgar por la isla, tuvo en Alejo Carpentier a uno de sus más activos colaboradores. Alguien que, desde muy temprano, supo apreciar los valores y significados de una obra y un autor paradigmáticos en la historia de la literatura universal.

[16]

No es extraño, por ello, que en su discurso al recibir, en 1977, el Premio Cervantes por el conjunto de su obra, asegurara: «No tuvo España mejor embajador, a lo largo de los siglos, que Don Quijote de la Mancha». Y no dudo que, en ese momento, el creador de la teoría de lo real maravilloso americano recordara, emocionado, aquel homenaje que, en La Habana de los sesenta, rendía Cuba a tan indiscutible monumento literario de la humanidad.

[17]